

escultura ideal de forma cálida
y Vestal consagrada de la Luna
prender de un rito toda su luz pálida».

(Panteísmo, pág. 70).

Sí; nosotros también estimamos que, por el momento, la señorita María Consuelo Garay, es sólo una crisálida lírica. Esperaremos su evolución perfecta.—GUILLERMO KÖHNENKAMPF.



EN TORNO A UN AUTOR PREMIADO

Luis Durand es el escritor nacido del ambiente mismo de sus obras. Viene a nosotros en menos tiempo y mejor clima literario, pero trae también tejido de carne más sufrido y pupilas bien logradas en hombres y paisajes. Sin embargo, quedarán ausentes de vida interpretativa, antes de ser vertidos al papel, en espera de mayor madurez y de livianura de preocupaciones. Durand, en medio de su realidad sufriente, seguirá siendo actor de sus cuentos sin vislumbrar aún el mundo de la ficción novelística. Cuando empiece a escribir, acaso él mismo se sorprenda de que sus creaciones tengan una firme consistencia. Hacén ocho años no más yo mismo leía esos primeros relatos que eran el desahogo lógico de una naturaleza llena de posibilidades; después el escritor se irá afinando, la cuerda grave de su sensibilidad vibrará en un tono más sutil y en la imaginación los tipos vistos en sus campos cauquenenses adquirirán la fuerza persuasiva y la atmósfera vital en que viven.

Luis Durand ha sabido ser consecuente a ese mensaje de su tierra, dándonos volúmenes de afanosa constancia y bella labor, hasta entregarnos su mejor realización en «Mercedes Urizar», que es a la vez su primer y feliz intento de novela. Léida así, de golpe, más rápida que otros libros que caminan

consagrados, se puede entrar seguro en su ambiente acogedor y quedarse allí en confianza, sujeto a la atmósfera de los protagonistas. Se empieza por abandonar todo espíritu de análisis y se entra a ese mundo del villorrio chileno restallante en su paz aparente y rico en contenido emocional. El ambiente de «Mercedes Urizar» constituye su más legítimo éxito de narrador; el ambiente es la fuerza que salva la novela de toda fórmula crítica y hace en el espacio un hueco aislador, una palma caliente de mano, que se cobija como un nido entre coposos arbolados.

Los protagonistas no van a ser en sus pasiones grandes ni complicados. Viven y resuelven la vida en el sentimiento de su mundo, cuidándose divulgar sus flaquezas, formándose en padecimiento de amar y en reparar el fracaso matrimonial con ternura ardida en la montaña, entre suspiros e ilusiones. El autor encuentra aquí voces íntimas, de expresión y renunciación, que saldrán a dar el tono de la novela, a descargarla de su miel, a poner limpia de obscuridad la virtud inmanente de la tierra, reflejada en sus tipos que nunca apagan su llama interior. Ellos son la humanidad del campo chileno que ha salido del folklore, para incorporarse al vivir ancho de la vida. Pero la ciudad arribista, con su cortejo de falsas seducciones, tiene todavía puesto su puñal contra ese renacer de esperanzas de la tierra misma. No es otra cosa el golpe traidor que recibe el protagonista Andrés García del ex marido de Mercedes Urizar en el acecho nocturno. Es la puñalada de la ciudad pervertida al alma ingenua del campo, cuando ésta se manifiesta en toda la grandeza del amor, libre de prejuicios, como una oleada madura de sangre de quilantar, mullido en los bosquecillos, exaltado en las ensenadas de lagos misteriosos, frente a la naturaleza virgen de la noche austral.

El premio municipal de novela, 1934, ha venido a su labor en buena madrugada de aliento.—SADY ZAÑARTU.